

y talleres. Bonita porque en nuestro paisaje predominan infinitamente el mar y la montaña, esa montaña que disimula en su regazo los pueblos industrializados, de largas y humeantes chimeneas, pero que por más que se alarguen no llegarán a difumar nada de lo que un Aralar o un Gorbea nos reservan.

Plagiando un poco, si se quiere, el sentido de esa frase que las propagandas turísticas nos repiten —«Conozca usted España»— podríamos indicar a la juventud de nuestros asfaltados valles que un motivo turístico puede encontrarlo ahí cerquita, en la sierra que desde la plaza se divisa, en la ermita de aquella loma que ahora un arbolado lo oculta, acaso en el barrio rural vecino.

Que entre el Roncal y los montes de Ordunte, entre el Pagoeta y la Sierra Cantabria, tenemos mucho que ver y admirar, como decimos más arriba; mucho que puede satisfacer la curiosidad de un excursionista.

Al planear nuestras actividades turísticas o montaÑeras —sobre todo éstas— apartémonos del impresionismo y comencemos por conocer lo nuestro, que no es mal comenzar.

Euskalerría ezaqutzen al degu?

PAKOL

LA TIERRA NAVARRA

LA GEOGRAFIA DE LOS CONTRASTES

POR JUAN MARIA FELIU DORD

del Gabinete de Estudios Geográficos de la Real Sociedad de Amigos del País

Uno de los más destacados ingredientes para hacer un buen tema, es el artificioso misterio, y ningún pueblo de Europa lo posee en mayor grado que el pueblo Vasco. Su origen, el tipo de los mismos y su lenguaje, han sido discutidos, comentados y estudiados durante muchos años, y, sin embargo, todo ello permanece aún envuelto en un completo misterio. Nadie conoce de dónde vinieron o de cuál forma de expresión o lengua derivan sus raíces. Ellos consiguieron vivir en este rincón de Europa incrustado entre Francia y España, sin llegar a ser parte de ninguna de las dos naciones. Han presentado un completo enigma a los arqueólogos, filólogos, antropólogos, y a cuantos los han estudiado, hasta el punto de que una autoridad, Scaliger, desesperado ante las dificultades presentadas por la lengua euskara, los resumió en su celebrado bon mot: «Ellos dicen que se entienden entre sí, pero yo no lo creo».

Y, ciertamente, no es de extrañar que tratándose de un pueblo tan viejo como el euskaldun, envuelva el misterio a su historia, a su tipo físico, a su lengua, a sus costumbres, a sus fogosas danzas, a sus antiguas creencias, a su música, a su manera de ser, en una palabra, a todo cuanto se refiere al mismo en sus diversos y múltiples aspectos. Pero la paciente labor de infinidad de investigadores va consiguiendo levantar poco a poco la espesa niebla que lo rodea, dando el raro caso de que merced precisamente a esos estudios, se va avanzando hacia las épocas más lejana de la humanidad y del pueblo vasco, aumentando al propio tiempo aún más, si cabe, el misterio que siempre lo ha envuelto, la curiosidad por saberlo y aclararlo.

Desde luego es casi unánime el sentir de los investigadores de lo que hoy llamamos País Vasco, es tan sólo una parte del espacio que su pueblo ocupó en tierras europeas. Ahora bien ¿cuál fue su extensión que en aquellos remotos tiempos pudo haber tenido? No es fácil precisararlo, pero si se examina con detalle la cantidad de nombres toponímicos de ríos, de montes, de lugares, se llega a la conclusión de que tal vez grandes terrenos de la Europa Occidental eran ocupados por nuestros antepasados. La misma conclusión se obtiene al estudiar al-

gunas viejas raíces que se hallan en las lenguas halladas actualmente en toda esa parte: todo lo cual demuestra fehacientemente que el pueblo vasco de hoy es tal sólo una pequeña parte del gran pueblo viejo euskaldun, que ocupó desde los tiempos más remotos, desde la época de los glaciares, hace tal vez catorce o dieciseis mil años, toda esa parte occidental de Europa, en la época del hombre neolítico y hasta del período paleolítico, y, según opinión de persona tan competente en la materia como el Padre José Miguel de Barandiarán, casi con seguridad, al menos, desde la época de la cultura magdalenense.

El País Vasco actual, al que sus habitantes en su lengua llaman Euskal-Erria o Euzkadi, está situado en el ángulo del llamado Golfo de Vizcaya, donde según parece terminan todos los temporales del Atlántico, donde acaba, también, el Pirineo con sus innumerables repliegues, sobre cuya cordillera, desde tiempo inmemorial, están los vascos a caballo como suele decirse geográficamente.

Antiguamente, su extensión fue mayor, y aún no hace muchos años la margen derecha del Ebro, como lo indica bien su toponimia, en la zona riojana, era completamente vasca, y lo comprueban también los apellidos de origen euskaldun que, aún hoy en día, en esta región ascienden al 40 %. Las juntas alabesas tenían jurisdicción (según prueba Landázuri) hasta las tierras de Pancorbo. La parte del Alto Aragón donde hay nombres toponímicos tan definitivamente vascos como Arbe, Cenarbe, Jabierregai, Lizarra, Artaso, Artasona, Ayerbe, Oza, Zuriza, Aguerri, etc., demuestran claramente haber sido zona vasca.

Más allá, en el Pirineo Catalán, tenemos vestigios de toponimia vasca, como lo indican los nombres de Guerri, Esterri, Biziberri, Aran, Muga, Illiberri, Espoerri y otros. Y en la parte del Bearne y Altos Pirineos, en la vertiente francesa, se hallan nombres como Aran, Art, Arudi, Axpe, Aste, Bastan, Esterre, Irhaxe, Oserain, Saberrri, Urdos, Urzal, etc. Limpías y Colindres hace poco más de cien años eran parte de Vizcaya, y lo mismo puede decirse de la zona de Escalante en la Edad Media. No hay duda, por tanto, que aún en los últimos tiempos la extensión del País Vasco era mucho mayor que la que actualmente tiene.

He aquí como describe Campión, el gran maestro de las letras vascas, nuestro país en «EL GENIO DE NABARRA»:

«Desde las orillas del Ebro hasta la desembocadura del Adour y de la Nive, desde las costas del Cantábrico hasta los Pirineos de Jaca y del Bearne, y desde los campos de Nájera hasta el borde extremo de las Encartaciones vizcainas, había más que suficiente asiento para que un pueblo como el euske'dun, afirmase y mantuviera una potente personalidad nacional. Puede reunir a una bravías costas, escuela y vivero de esforzados marinos; puertos comerciales como Bilbao Pasajes y Bayona; zonas productoras de aceite, trigo y vino, como la ribera de Nabarra y la Rioja alabesa; zonas de producción minera como el distrito de Somorrostro; amplísimos sectores de producción forestal como el Irati, Aralar, Urbasa y las grandes elevaciones de la divisoria de aguas; centros de pesquería como Bermeo; vegas encantadoras como la de Gernika; valles sublimes o risueños como los que serpentean por entre los repliegues y ondulaciones de Ezkaurre, Ukerdi, Ori, Aztobizkar, Larrun, Mondarrain, Belate, Mendaur, Jaizkibel, Aya, Ernio, Aizkorri, Gorbea, Oiz y de tantas y tantas otras montañas, artistas incomparables de paisajes. O lo que es igual, frutos del Mediodía y del Norte; costas para el comercio, la pesca, venarios naturales de riqueza, motores dispuestos para la industria en los ríos y torrentes montañosos, feraces llanuras, iminencias fron-

dosas, temperatura sana y reconfortante, igualmente apartada del calor excesivo que enerva y del frío excesivo que atrofía, o lo que vale lo mismo, los elementos de una cultura completa. Y sobre todo ello un territorio que es una fortaleza, surcado de barrancos que serían tumba de invasores, y erizado de peñascos en que se mellan las armas del enemigo».

Pero no vamos a ver todo su territorio. Por ello me he extendido un tanto en la introducción, para justificar el tema que lleva este artículo, pues en un principio, mi intención acaparaba la atención de todo el País Vasco. Pero ello nos llevaría muchas páginas. Por eso hemos elegido el estudio de la originalidad geográfica de Navarra. ¡Qué mejor que empezar por esta excepcional provincia de los contrastes naturales!

¿En qué consiste la originalidad geográfica de Nabarra? Para mí lo que diferencia y define a Nabarra con respecto a otras regiones españolas, incluso en las naciones occidentales europeas que yo conozco, es la unidad en la diversidad. Nabarra no es una unidad física no es un paisaje homogéneo, es una unidad humana. Es por tanto la Geografía Humana, o, si se quiere la consideración de la sociedad que vive sobre esta tierra, la que permitirá, en fin de cuentas definirla.

Que no es una unidad física lo sabemos todos. Del Pirineo a la Ribera se despliegan todos los matices del paisaje de nuestra latitud. Por una parte, las

Cumbres de nuestra tierra. Belagua recibe sus primeras nieves en el comienzo del otoño.

(Foto Juan M.^a Feliu)





El caserío de Azpiroz, con el telón de fondo de la Malloa de Araiz en los albores del otoño húmedo y frío de esta parte de Navarra. (Foto Juan M.^o Feliu)

tierras que baña el Ebro, feraces y ricas en sus orillas regadas, y donde no llega el riego sedientas; doradas cuando el trigo madura, grises, cuando la siega deja rastrojera desnuda sobre el suelo, suavemente onduladas, amplias siempre o francamente horizontales bajo un cielo tremendamente luminoso y limpio de nubes; por otra, la gracia leve y ondulada de las verdes montañas del Baztán, ricas en praderas, en bosques muy densos, basadas por la lluvia atlántica interminable, sembradas de caseríos dispersos, en las laderas de las colinas y sobre los niveles de erosión. Y entre una y otra, todas las gamas de la transición entre la España atlántica y la España Mediterránea, casi africana. Porque las diferencias en lo físico no están sólo entre la Ribera y la Montaña, sino dentro de la misma Montaña y dentro de la misma Ribera; y todo —y esta es una nota distintiva respecto a otras regiones de la península más extensas— dentro de una provincia de tan sólo 10.000 kilómetros cuadrados, sobre una distancia inferior a 200 kilómetros en línea recta. No es ya sólo que al Norte tenemos una gran cadena de montañas, que divide geográficamente nuestra sexta Merindad, plegada con el empuje alpino, que incluso ha conocido el glaciario cuaternario en la parte Roncalesa, y que levanta sus cumbres progresivamente hacia el Este para rematarlas en ese Pirineo Araganés, bravo y abrupto como el que más; no es ya sólo que la Ribera haya sufrido mucho menos el empuje orogénico terciario y que en ella se extiendan las mesas horizontales coronadas por calizas pontienses, de la Bardena Negra y los Montes de Cierzo y Canraso, tajadas profundamente por un río, con toda su corte de afluentes, que ha realizado una formidable labor

de demolición como quizás en toda la Europa Occidental no conocemos otra. Es también, que el Pirineo, la Ribera, y la Zona Media de Navarra, presentan en sí mismos una serie de contrastes infinitos que hacen la felicidad del investigador y también del que busca la belleza de los matices y de los pormenores en el paisaje, y en la vida y costumbres de sus moradores. Veamos el contraste entre el Baztán y el Roncal; el primero —francamente atlántico con lluvias en gran parte superiores a los 1900 mm. anuales— presenta un paisaje redondeado, suave a pesar de la complejidad de su tectónica, dominio del hayedo y del helechal, de la pardera y del maíz, de la explotación vacuna y de la dispersión en caseríos; el segundo, vecino de Ansó y de sus codiciados puertos altos de fina hierba, es un típico valle mediterráneo, aunque montañoso. El río lo taja de norte a sur hondamente, los pueblos se apiñan, las bordas son escasas y están en las zonas altas, el ganado fundamental ya no es el vacuno, sino el lanar de raza churra que trashuma baja cada año por San Miguel a la Bardena y sube por San Juan a la montaña— tiene bosques también pero de pinos y abetos fundamentalmente y no hayas. Hay pequeñas vegas a lo largo del río, pero son huertecillas de verano sin importancia, y sus montañas son los más altas de Navarra. Estos son los casos extremos de nuestro Pirineo. Entre uno y otro tenemos todas las transiciones y todos los matices: el soplo húmedo y cálido del Atlántico se desvanece progresivamente hacia el Oriente, y el sol brilla durante mucho más tiempo en el cielo. Esto hace que un viaje del Baztán al Roncal ofrezca la oportunidad de observar todas estas transiciones. La Ulzama, al Sur de Belate, es todavía un paisaje francamente Atlántico, y también lo es Orreaga (Roncesvalles), pero ya en la Aezkoa y sobre todo Salazar acusan claros matices mediterráneos. Se pasa poco a poco de los hayedos a los pinares, del ganado vacuno que en el verano paca en las praderas altas y en el invierno vive en los bordales, al ganado lanar, primero lacho, estante y después, churro trashumante; los caseríos se van haciendo cada vez más raros desde Baztán y las Aezkoas, las bordas son todavía numerosas en Salazar, pero todo se desdibuja en Roncal merced a la sequedad y a la dureza del clima del invierno. Un tanto parecido ocurre con la Sexta Merindad —la Baja Navarra—. Allí por encontrarse los niveles más bajos con relación a la vertiente mediterránea de la provincia, es decir la vertiente española, todo aspecto vivo se desplaza a más altitud y por consiguiente encontraremos un aspecto muy parecido al de esta vertiente.

He aquí cómo el Pirineo, que de lejos parece uniforme no lo es, sino que es un conjunto de unidades menores que juntas constituyen una unidad mayor. Tampoco la Navarra Media nos ofrece esta unidad: el verdor de la Barranca y la Burunda, puerta de nuestras provincias hermanas, portillo también de la humedad, de las nubes y de las aguas Atlánticas, con sus robledales, sus praderas, campos, y sus cultivos no regados. Veamos luego cómo poco a poco hacia el Este el paisaje se hace más seco, y dominan colores más claros, y a aquellos verdes oscuros del Oeste suceden los tonos gris azulados de la Cuenca, los trigos y la remolacha, la vid de los carasoles, los pinos, y las colinas onduladas de las calizas y margas escenas sobre las que viven las Cendeas y los Valles de los aledaños de Iruña. Veamos al Sur los contrastes entre la tierra de vino de Olite y Tafalla, de viñedos inmensos que extienden sus pámpanos al sol, en el verano, y la dureza bravía de la Bardena y los Montes de Cierzo, tierras de año y vez, de trigos y barverecho, de ovejas que pacen en invierno la rastrojera y dejan la tierra cuan-

do los calores agostan el suelo, y de vegas prolongadas siguiendo los tirabuzones en los ríos, del Arga, del Aragón, del Alhama, del Queiles y del Ebro, que busca el Mediterráneo perezosamente fecundando una tierra fértil que en la Ribera cultivan con el amor de un jardinero. Y si buscamos más contrastes tenemos por ejemplo, entre la Tierra de Estella y la Tierra de Olite. Entre las tierras de areniscas doradas de Ujué y San Martín de Unx, y las tierras meridionales y yesos quemados. Y se llega a la conclusión, incluso cortando completamente a Navarra y llegando a Somontano de Corella y de Fitero, de que difícilmente se puede lograr en una superficie como la de Navarra una variedad de matices y de contrastes tan grandes.

Nabarra no es una región natural, sino varias. Hay una Nabarra tras el Pirineo, siempre verde. Otra del Pirineo con mil matices, una Nabarra Media al pie de nuestras montañas, y una Navarra del Ebro completamente diferentes. No ha sido pues la Naturaleza la que ha forjado Nabarra, ha sido el hombre.

Pero el hombre en sus más íntimas esencias, en lo que define a una colectividad, porque tampoco Nabarra es una unidad de paisajes culturales, y de formas de actividad humanas y económicos. Pensemos por ejemplo en las divisiones de Nabarra que establece Nagore, casi como los haría Hesiodo, sobre la base de los límites, de cultivo de ciertos vegetales.

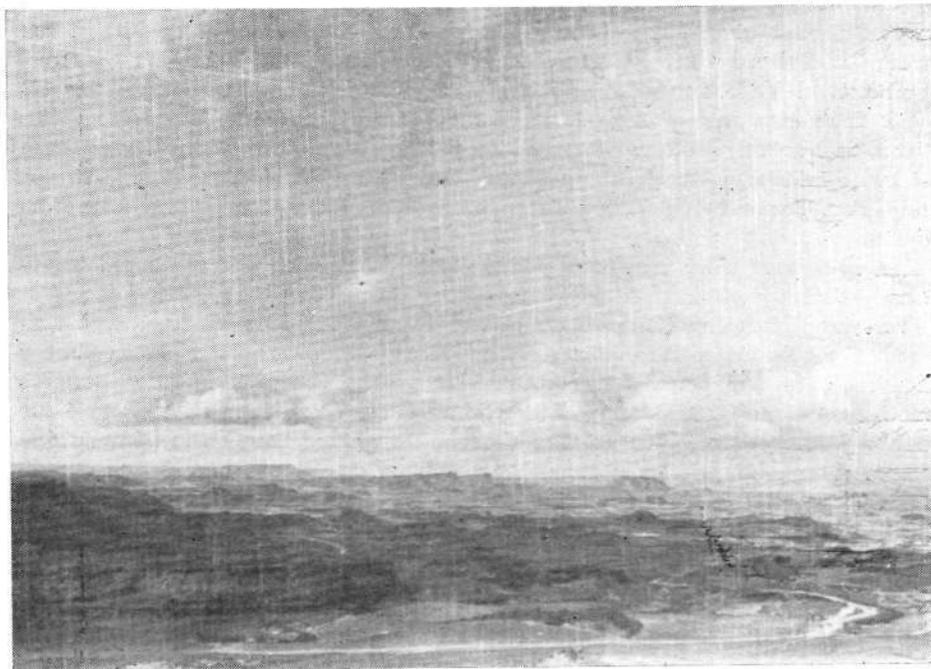
El límite superior del almendro y el melocotonero circunscriben la zona meridional de nuestra tierra, la Ribera. Es una línea que va desde Viana a Cáseda, pasando por Allo, Artajona, el Norte de Tafalla y San Martín de Unx. Otra línea nos marca el límite superior del olivo cultivado; ésta va desde Yesa por Aibar, Ibargoiti, Unzué, Cirauqui, Estella, a buscar la Ribera del Ebro por Aguilar de Codés y Lapoblación. Entre el límite superior del almendro y el melocotonero y del olivo cultivado, queda la que se llama zona. El límite superior de la vid enmarca, con el olivo al Sur, la baja montaña, precisamente las tierras de la Nabarra Media. La divisoria corre por el Sur de las Amezcoas, Cizur, Pamplona, Ansoain, Ezkabarte, el Valle de Arze, Urraul Alto, el Romanzado y Nabaskoitze (Navascués). Entre esta zona y el límite inferior del castaño al Norte, tenemos la zona alpina, de Nagore, más o menos matizada de mediterránea o atlántica; y al Norte del límite inferior del castaño, que desde San Palais, Alduides, Osses, Ioldi, por la Ulzama, Basaburúa. Larraun, Burunda, Araiz y Baztán tenemos la zona cantábrica.

He aquí pues cinco Nabarras paisajísticas, delimitadas por cinco plantas típicas y definidoras.

Pero hay mucho más en esta actividad, hay diversidad de las formas de actividad. Como es lógico los hombres no ganan el pan del mismo modo en unas y otras regiones. Volvamos a nuestro Pirineo; veamos ahora a nuestros pastores roncaleses bajando a la Bardena. Son trashumantes. Viven de sus ovejas y de sus puertos y sus bosques, y de un viejo derecho de apacentarse en la Bardena que comparten con los pueblos gozantes y completan con el arriendo de las corralizas que rodean a esta región y a los Montes de Cierzo. Marchemos hacia el Oeste, en Salazar tierras de maderas abundantes. Disfrutan la explotación del bosque del Irati, comunal de valle, que constituye una de sus principales fuentes de riqueza, sus rebaños son todavía trashumantes, pero en menor grado. El ganado vacuno abunda más, pasa el invierno en las bordas y sube en el verano como en Roncal a los pastos altos, a los puertos; si seguimos hacia el Oeste vol-

veremos a encontrar en lo económico el reflejo de los contrastes que ya conocemos en lo físico. Toda una vida de montaña con mil matices: puertos, prados altos subalpinos, bosques, rebaños de lanar, ganado caballar, vacadas; una gran relación con los vecinos, con nuestros hermanos zuberotarras y benabarros, sus rebaños que entran en el Roncal, tributo de las Tres Vacas —fallado por una sentencia arbitral del Valle de Ansó en el siglo XIV, poniendo fin a una guerra entre valles, algo muy montañés que amenazaba la seguridad de todos—, utilización conjunta del Quinto Real y los Alduides por España y Francia, resultado de la persecución religiosa del protestantismo francés, y de la hidalguía de Navarra con los perseguidos... Y ahora bajemos a la Cuenca con sus Cendeas y de los valles comunes, las dehesas boyales, y las «suertes», los bueyes que tiran de carreta, los trigos y las huertas, y veremos ¡qué formas de vida tan distintas! Pasemos ante las grandes cooperativas de las tierras vinícolas y llevando aún en los ojos el verde de la montaña y el oro de la Cuenca ascómonos otra vez a las tierras sedientas de la Bardena, y a los Montes de Cierzo, y a las que son un milagro del agua del Ebro y sus afluentes, y encontraremos a un agricultor de secano con mucha tierra en la Bardena, que conquistó muy recientemente, a comienzos de nuestro siglo, cuando los padres de los actuales labradores subían al Plano llevando a lomos de su mulo el arado con el que iban a roturar una tierra que no había conocido aún la reja ni el cultivo; veremos enormes tierras de año y vez, sobre las que se afanan unos hombres que ya

Tierras sedientas de la Bardena Real, dotadas de un astro rey incapaz de envidiar al más célebre de los desiertos terrícolas. (Foto Juan M.^o Feliu)





Roncesvalles frío y brumoso en una viva estampa nórdica, aspecto muy clásico de esta zona pirenaica. (Foto Juan M.^a Feliu)

no son pastores, que encuentran que Francia está ya lejos y escatiman el agua en sus huertas porque saben lo que vale una de esta agua que los norteños tienen de regalo.

A estas alturas no puede extrañarnos ya, el que tampoco la forma de sentarse la población sea homogénea, puesto que refleja el medio físico y las formas de actividad. Por una parte domina la dispersión, la casa suelta y aislada, la gran casona vasca —estamos en el Baztán—, por otra la concentración de la casa montañesa, por ejemplo las grandes casas de Ochagavía, Isaba o de Orbaiceta y de Uztároz. Por otra bajando hacia el Sur la dispersión de aldeas, en concejo, que constituyen la nota típica de la Cuenca, pocos municipios y muchos pueblecitos de pocos vecinos —6, 8 o 10—, desparramados en las laderas y colinas, encaramados sobre una cuesta, un carasol al abrigo del viento, o bien en el contacto de tierras de fertilidad diferente, y por último más al Sur todavía encontraremos a los pueblos de la Ribera, grandes —de 3.000 a 5.000 habitantes—, inmensos en comparación con éstos, sin aldeas distantes, ni separadas, un solo bloque de edificios y eras con enormes almiars de paja; y entre unos y otros, todos los matices de la transición, los pueblos del Somontaño de la Sierra de Erreniaga y de Ujué, de Sangotza (Sangüesa) y del Campo de Aibar.

De modo que dispersión absoluta y concentración absoluta, dispersión en aldeas y grandes núcleos rurales del Sur.